

# HISPANIA

LITERATURA Y ARTE. - CRÓNICAS QUINCENALES

—♦♦—  
Tomo I. - Año 1899



Tip. de HISPANIA  
Hermenegildo Miralles: Calle de Bailén, 59  
BARCELONA

## ÍNDICE

por orden alfabético, de los ARTÍCULOS contenidos en este tomo

	Páginas		Páginas
Á una malagueña, por E. Menéndez Pelayo . . . . .	121	La mujer en las novelas de Pérez Galdós, por Ra-	
Al Doctor Morgades, bisbe de Vich, por Jacinto		fael Altamira . . . . .	116
Verdaguer . . . . . pág. 9 del n.º extraordinario		La novela de una noche, por J. O. Picón. n.º 2, pág.	1
Amores, por Rafael Altamira . . . . .	211	La novela de una noche, por J. O. Picón. n.º 3, pág.	1
Arcones italianos del Renacimiento, por José Ra-		La partitura. . . . .	236
món Mérida . . . . .	220	La primera condecoración que hubo en España. . . . .	274
Cantares, por Melchor de Palau . . . . .	252	La Santísima Virgen leyendo, Busto de Amadeu,	
Capa pluvial del Obispo Bellera, por Francisco		por Francisco Miquel y Badía . . . . . n.º 4, pág. 7	
Miquel y Badía . . . . . Suplemento n.º 2		La serpiente de ocho cabezas, cuento japonés . . . . .	265
Caza mayor, por Vital Aza . . . . . n.º 1, pág. 10		La Virgen María y S. Vicente Ferrer, por R. Casellas	109
Cinematógrafo para ciegos . . . . .	207	Las aves coleccionistas . . . . .	143
Composición del aire . . . . .	207	Las de López, por S. Sánchez Mora . . . . .	68
Costumbres africanas . . . . .	159	Lo que no se ve en Toledo, por S. Sanpere y Miquel	243
Desarrollo del teléfono . . . . .	207	Los baños de luz eléctrica . . . . .	207
Desvarío final, por Manuel Lassala . . . . .	106	Los conductores eléctricos como causa de difusión	
Dos épocas, por Manuel del Palacio . . . . .	179	de enfermedades. . . . .	207
El alto del centinela, por Francisco Barado . . . . .	195	Los peces cantores . . . . .	159
El conocido publicista..., por R. Casellas . . . . .	141	Los peces trepadores . . . . .	175
El cuadro de la Santísima Virgen y los Conce-		Los sabios enemigos, por X. . . . .	126
lles . . . . . n.º 1, pág. 14		Los tres príncipes, por Juan Buscón . . . . .	279
El cuadro de las Meninas, por José Ramón Mérida.	87	Los tres viajeros, por Enrique Nicolle . . . . .	71
El derribo de la Bastilla . . . . .	143	Luces de bengala gigantescas . . . . .	207
El estorbo, por Manuel Lassala . . . . . n.º 2, pág. 12		Madame Réjane. . . . .	254
El Excmo. é Ilmo. Dr. Morgades en la intimidad.		Magia celestial (Cuento de Noche buena), por Juan	
pág. 11 del n.º extraordinario		Buscón . . . . .	259
El Guadarrama, por Rodrigo Soriano. . . . . n.º 3, pág. 10		Mater dolorosa, por M. Morera y Galicia . . . . . n.º 3, pág. 8	
El Guadarrama, por Rodrigo Soriano. . . . . n.º 4, pág. 10		Miguel M. Medalla, pintor especialista, por Ramon	
El Guadarrama, por Rodrigo Soriano. . . . .	22	Casellas . . . . . n.º 4, pág. 4	
El impresionismo de Velázquez, por R. Casellas.	51	Moreno, el de Zalamea, por Blanca de los Ríos	
El incunable, por el Conde de las Navas. . . . .	122	de Lampérez. . . . .	147
El Manzanares, por F. Gras y Elías . . . . .	76	¡ Naturalmente !, por Pedro Gay. . . . .	157
El pan de la guerra (página viva), por Blanca de		Oller, traducido. Notas literarias, por P. Sánchez.	173
los Ríos de Lampérez . . . . .	100	Origen de los principales metales . . . . .	175
El «piso» (costumbres leonesas), por J. Puyol . . . . .	26	Pagando unos pensamientos, por E. Menéndez	
El rayo y sus caprichos . . . . .	127	Pelayo . . . . . n.º 4, pág. 13	
El realismo de Velázquez, por F. Miquel y Badía.	55	Paisaje, Tarde de Noviembre, por C. de Castro.	222
El reo de P... (Apuntes de mi cartera), por		Pesca de esquilas en Candás (Marina), por el Conde	
José M. <sup>a</sup> de Pereda . . . . . n.º 1, pág. 1		de las Navas . . . . .	35
El rey artista, por Juan Buscón . . . . .	61	Poesías inéditas, por E. C. . . . .	20
El viaje á la muerte . . . . .	248	Programa al Preludio de Tristán é Isolda. R. Wagner	239
El viudo sin consuelo ó la enferma por encargo,		Prólogo de un libro, por Juan Buscón . . . . .	42
por Ramón Casellas . . . . .	186	Puesta de sol, por E. Menéndez Pelayo . . . . .	120
En la corte de Luis XV, por C. R. y Salamero . . . . .	182	Ráfagas (apuntes de mi cartera), por Angel Avilés.	199
Episodios de la Historia del Teatro Español, por		Ricardo Wagner, notas biográficas . . . . .	227
Emilio Cotarelo . . . . .	132	Sentencia jurídica curiosa . . . . .	143
¡ Esta es !, por Pedro Gay . . . . .	157	Sin sesos, por Juan Buscón . . . . . n.º 1, pág. 12	
Ida y vuelta, por Daniel Ortiz . . . . . n.º 2, pág. 6		Su cumpleaños, por Claudio Omar y Barrera . . . . .	172
Impasible bondad, por A. Riera . . . . .	202	Tímpano de madera en la Puerta de la Piedad en	
Impresiones del desastre, por E. Ferrari . . . . . n.º 2, pág. 10		la Santa Iglesia Catedral . . . . . n.º 1, pág. 15	
La astilla del Cristo, por el Conde de las Navas.	287	Tirititainas paremiológico-musicales, por F. P. . . . .	155
La fecundidad de los peces . . . . .	175	Tristan é Isolda. Poema dramático . . . . .	230
La fiesta del árbol . . . . .	44	Un genio incipiente, por Narciso Oller . . . . .	164
La missatjera mes segura, por Joan Maragall . . . . .	40		

# ÍNDICE

por orden alfabético, de los GRABADOS contenidos en este tomo

	<u>Páginas</u>		<u>Páginas</u>
Alegoría, por J. Sorolla . . . . .	24	El huerto de la ermita, por J. Mir . . . . .	91
Amor y trabajo, por J. Monserrat . . . . .	86	El impresionismo de Velázquez. (3 grabados). . . . .	51
Apunte callejero, por J. Borrell . . . . .	18	El incunable. Ilustraciones de García Ramos . . . . .	122
Apuntes, por Roberto Domingo . . . . .	198	El Manzanares. Ilustración de Triadó . . . . .	76
Apuntes del natural, por J. Sardá . . . . .	253	El Obispo y el Cabildo Catedral en el patio del Palacio Episcopal. . . . . pág. 11 del n.º extraordinario	100
Arcones italianos del Renacimiento, 2 grabados . . . . .	220	El pan de la guerra. Ilustración de Mas y Fondevila. . . . .	153
Balzac. Estatua, por Rodin . . . . .	136	El perdón, por E. Dubois . . . . .	228
Balzac. Estatua, por Falguière . . . . .	137	El perro «Marke» . . . . .	26
Batalla de nieve, por Carlos Vázquez . . . . .	184	El « piso. » Ilustraciones de O. Junyent . . . . .	93
Bayreuth.— Antiguo teatro de los Margraves . . . . .	226	El precio de una madre, por M. Santa María. . . . .	190
Blanco y Negro.— Fachada del edificio reciente- mente inaugurado . . . . .	66	El primer paso, por Bruynel. . . . .	55
Boceto, por Serafina Ferré . . . . .	258	El realismo de Velázquez. (3 grabados) . . . . .	215
Bosquejos barceloneses, por Joaquin Mir. n.º 4, pág. 3		El regalo del novio, por Salvador Viniegra . . . . .	
Bretones orando, por E. Buland . . . . .	151	El reo de P... Ilustraciones de Mas y Fondevila, Pascó y Pedrero. . . . . n.º 1, pág. 1	61
Cabeza de estudio, por Julio Borrell . . . . .	34	El rey artista. (2 grabados) . . . . .	248
Cacería, por A. Odry . . . . .	178	El viaje á la muerte, por D. U. Vierge. . . . .	188
Cantares. Ilustración de Triadó . . . . .	252	El viudo sin consuelo. Ilustración de Vierge . . . . .	135
Capa pluvial. (3 grabados) . . . . . Suplemento n.º 2		En el baño, por A. Calbet . . . . .	182
Capilla particular del Palacio Episcopal . . . . .		En la corte de Luis XV. Ilustración de Vierge . . . . .	
pág. 12 del n.º extraordinario		Entrada solemne en la Santa Iglesia Catedral. pág. 10 del n.º extraordinario	
Cárcel de Barcelona. . . . .	242	Episodios de la Historia del Teatro Español. Ilus- traciones de R. Lorenzale . . . . .	132
Casa Wahnfried de Wagner, en Bayreuth. . . . .	227	Estudio, por L. Bonnin . . . . . n.º 4, pág. 2	98
Caza mayor. Ilustraciones de José Pascó . n.º 1, pág. 10		Estudio, por L. Bonnin . . . . .	114
Cita de caza, por F. Domingo . . . . . n.º 3, pág. 16		Estudio, por J. Mir . . . . .	130
Composición de Julio Borrell . . . . . n.º 4, pág. 14		Estudio, por S. Rusiñol . . . . .	154
Consuelo, por A. Parera. . . . .	82	Estudio, por A. J. Chantrón. . . . .	278
Cosiendo la vela, por J. Sorolla . . . . .	84	Estudio, por J. Llimona . . . . .	283
Cotillón, por D. U. Vierge . . . . . n.º 4, pág. 8		Estudio para « Noticias de la Guerra », por Baixeras. . . . .	286
Defensa de la escalera del Palacio Real por los Alabarderos, por Victor Morelli . . . . .	94	Estudio Javea. Algarrobo, por J. Sorolla . . . . .	84
Despacho de S. E. I. del Palacio Episcopal . . . . .		Estudio para un cuadro. Tipos segovianos, por I. Zuloaga . . . . . Suplemento n.º 1	
pág. 14 del n.º extraordinario		Excmo. Ilmo. Dr. D. José Morgades Gili, Obispo de Barcelona . . . . . Número extraordinario	
Después de la nevada, por D. U. Vierge. Suplemento n.º 1		Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas. Carbón, por Ramón Casas . . . . . n.º 3, pág. 15	
Después de la tempestad, por Charpentier . . . . .	218	Fachada de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona. pág. 2 del n.º extraordinario	
Desvarío final. Ilustraciones de Garnelo . . . . .	106	Fauna flamenca, por R. Canals . . . . . n.º 2, pág. 16	19
Diego de Silva Velázquez, por A. Clapés. Regalo del n.º 7		Gitana granadina, por R. Pichot. . . . .	119
Diógenes, por E. Boisseau . . . . .	250	Granadinas, por R. Pichot . . . . .	146
D. Francisco Miquel y Badía . . . . .	51	Granadina, por R. Pichot . . . . .	6
D. José M. de Pereda. Croquis, por A. Clapés . . . . .	131	Ida y vuelta. Ilustración de R. Casas. . . . . n.º 2, pág. 202	
D. Juan Valdés Rubio, un grabado . . . . .	206	Impasible bondad. Acuarelas de Mas y Fondevila. . . . .	8
D. Narciso Oller. Carbón, por R. Casas . . . . .	163	Impresiones del desastre. Ilustraciones de Clapés y de J. Pascó . . . . . n.º 2, pág. 10	
Dos épocas. Ilustración de Triadó . . . . .	179	Instalación de la casa de Hermenegildo Miralles, de Barcelona, en la Exposición de Industrias Artísticas en Madrid. . . . . Suplemento n.º 3	
El alto del centinela. Ilustraciones de Navarro . . . . .	195		
El cuadro de la Santísima Virgen y los Concelleres, un grabado . . . . . n.º 1, pág. 14			
Elemento oficial aguardando la llegada á Barcelo- na del Sr. Obispo . . . . . pág. 7 del n.º extraordinario			
El estorbo. Ilustraciones de J. Mir . . . . . n.º 2, pág. 12			
El éxtasis de S. Francisco, por A. Clapés. Suplemento n.º 1			
El Guadarrama . . . . . n.º 3, pág. 10			
El Guadarrama . . . . . n.º 4, pág. 10			
El Guadarrama. Ilustraciones de J. Morera Galicia. . . . .	22		

	Páginas		Páginas
Interior del teatro Wagner . . . . .	237	Pesca de esquilas en Candás. Ilustración de Baixeras . . . . .	35
La astilla del Cristo. Ilustraciones de Llimona . . . . .	287	Pintores de brocha gorda, por S. Martínez Cubells. . . . .	72
La fiesta del árbol. (6 grabados) . . . . .	44	Pláticas de familia, por Ramón Casas . . . . .	30
La glorieta del Delfín, por Carlos Vázquez . . . . .	181	Primera comunión, por J. Sardá . . . . .	39
La lechera del cuento, por Carlos Vázquez . . . . .	189	Procesión de la buena muerte el miércoles de ce- niza, por A. Mas y Fondevila . . . . .	217
La merienda de los patos, por J. Mir. Suplemento n.º 2		Puerta de la Basílica de Santa María de Ripoll . . . . .	
La missatjera mes segura. (1 grabado) . . . . .	40	pág. 5 del n.º extraordinario	
La mujer en las novelas de Pérez Galdós. Ilustra- ción de Carlos Vázquez . . . . .	116	Puerto de Canencia, por J. Morera Galicia . . . . .	21
La naturaleza descubriéndose, por E. Barrias. . . . .	152	Puesta de sol. (1 grabado) . . . . .	120
La novela de una noche. Ilustraciones de Vázquez, Mas y Fondevila y Pascó. . . . . n.º 2, pág. 1		Recepción y acompañamiento de S. E. I. . . . .	
La novela de una noche. Ilustraciones de Vázquez y Mas y Fondevila . . . . . n.º 3, pág. 1		pág. 10 del n.º extraordinario	
La orquesta invisible, en el teatro de Bayreuth . . . . .	239	Recuerdo de una catástrofe, por Julio Borrell. . . . .	103
La partida de los reclutas, por G. Clairin . . . . .	138	Recuerdo, por P. Dubois . . . . .	174
Lápida sepulcral. Proyecto de D. José Puig . . . . .	211	Retozos primaverales, por E. Sala . . . . .	180
La Stma. Virgen leyendo. Busto de Amadeu. n.º 4, pág. 7		Río Tormos. Salamanca. Acuarela de O. Junyent. . . . .	219
La serpiente de ocho cabezas. (11 grabados) . . . . .	265	Salida del Sr. Obispo de la Santa Iglesia Catedral. pág. 9 del n.º extraordinario	
La siega, por J. Mir. . . . .	171	Salomé, por J. Romani . . . . .	251
La Virgen María y S. Vicente Ferrer. (2 grabados). . . . .	109	Salón del trono del Palacio Episcopal . . . . .	
Las de López. Ilustración de L. Bonnin . . . . .	68	pág. 13 del n.º extraordinario	
Las Hilanderas, por Diego de Silva Velázquez . . . . .	56	Salus infirmorum, por L. Menéndez Pidal . . . . .	85
Las Meninas, por Diego de Silva Velázquez . . . . .	89	San Agustín, pintura sobre tabla del Siglo XV, existente en el Museo Episcopal de Vich . . . . .	
Las nodrizas, por Etcheverry . . . . .	264	pág. 6 del n.º extraordinario	
Las uveras, por E. Chicharro . . . . .	85	Semana de Pasión. Mercado de Palmas en Barce- lona, por A. Mas y Fondevila . . . . .	Suplemento n.º 3
Las verbenas, por R. Marín . . . . .	204	Senado del Corral de la Pacheca á principios del siglo, por F. Domingo . . . . . n.º 2, pág. 8	
Lo que no se ve en Toledo. Ilustración de Manuel González Simancas . . . . .	243	Serenidad, por Henri Martin . . . . .	273
Los cuentos de la abuela, por Brull . . . . .	67	Sin sesos. Ilustraciones de Casas y Pascó. n.º 1, pág. 12	
Los Iris, por J. Triquet . . . . .	170	S. E. I. bendiciendo por primera vez al pueblo de Barcelona. . . . . pág. 8 del n.º extraordinario	
Los sabios enemigos, por Ramon Casas . . . . .	126	Suerte de varas, por S. Matilla . . . . .	78
Los tres príncipes. Ilustración de Mirabent . . . . .	279	Teatro Wagner en Bayreuth . . . . .	236
Los tres viajeros. Ilustración de J. Mir . . . . .	71	Tímpano de madera en la Puerta de la Piedad en la Santa Iglesia Catedral. (1 grabado). n.º 1, pág. 15	
Ludwig Schnorr. . . . .	228	Trasegando, por J. Mir . . . . .	200
Magia celestial. Ilustraciones de Mas y Fondevila. . . . .	259	Tristan é Isolda. Acto 1.º, por F. Soler y Rovirosa. . . . .	231
Mar de levante, por Gonzalo Bilbao . . . . .	83	Tristan é Isolda. Acto 2.º, por F. Soler y Rovirosa. . . . .	233
Margaritas á puercos, por Carlos Vázquez . . . . .	104	Tristan é Isolda. Acto 3.º, por F. Soler y Rovirosa. . . . .	235
Mater dolorosa. Ilustración de A. Clapés. n.º 3, pág. 8		Toda la cara de su padre, por Sancha . . . . .	162
Miguel M.ª Medalla. Ilustraciones de A. Mas y Fondevila . . . . . n.º 4, pág. 4		Tumba de R. Wagner, en el jardín de su casa . . . . .	229
Mime, por Mariano Fortuny. . . . .	194	Una casera de rompe y rasga, por I. Zuloaga. . . . .	99
Moreno, el de Zalamea. Ilustración de G. Bilbao . . . . .	147	Un genio incipiente. Ilustración de Mas y Fondevila Velázquez, por A. Mariñas . . . . .	164
Noche buena en Salamanca, por D. U. Vierge . . . . .	263	pág. 92	
Nota ciclista, por Ramon Casas . . . . .	77	Vendimia, por J. Mir . . . . .	201
Noticias de la Guerra, por D. Baixeras . . . . .	284	Villafranca del Panadés. Casa donde nació el doc- tor Morgades . . . . . pág. 4 del n.º extraordinario	
Orillas del Ter, por J. Pahissa . . . . . Suplemento n.º 3		Villafranca del Panadés. Iglesia Parroquial donde el Dr. Morgades fué bautizado . . . . .	
Pagando unos pensamientos. Audouard, fot. n.º 4, pág. 13		pág. 4 del n.º extraordinario	
Paisaje, por C. de Haes . . . . .	82	Villafranca del Panadés. Portada de la Iglesia Pa- roquial de Sta. María. pág. 4 del n.º extraordinario	
Paisaje, por C. de Haes . . . . .	92	Vista general de Santa María de Ripoll . . . . .	
Paisaje, por J. Mir . . . . .	115	pág. 5 del n.º extraordinario	
Paisaje. Ilustración de Llimona . . . . .	222		
Palacio episcopal. Dormitorio de S. E. I. . . . .			
pág. 14 del n.º extraordinario			
Parsifal, por Mariano Fortuny . . . . .	210		
Pascua florida, por A. Guinea . . . . .	93		
Paso del landau ofrecido por la Sra. Marquesa de Moragas al Sr. Obispo. pág. 7 del n.º extraordinario			



HISPANIA



# HISPANIA

REVISTA MENSUAL LITERARIA Y ARTÍSTICA

Esta Revista, cuyo primer número tenemos hoy el gusto de ofrecer al público, estará exclusivamente consagrada á las artes y á las letras, contando para su sostenimiento con las firmas más valiosas que actualmente figuran en España. Saldrá una vez al mes y se compondrá habitualmente de veinte páginas, á las cuales irán unidas, siempre que así se crea conveniente, otras cuatro de suplemento. Quanto á sus condiciones materiales nada hemos de decir, ya que solamente al público corresponde el hacer el elogio de una revista sometida periódicamente á su juicio. Séanos permitido tan solo añadir que para alcanzar justamente este elogio nos esforcaremos en dar á HISPANIA la mayor amenidad y toda la relativa perfección que podamos.

Editor - propietario :

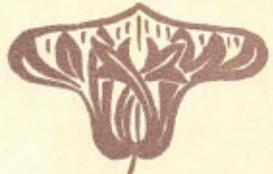
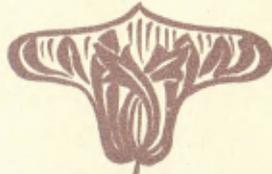
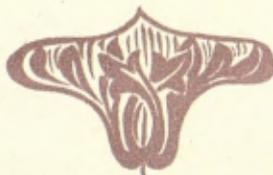
HERMENEGILDO MIRALLES

Director literario :

EZEQUIEL BOIXET

Directores artísticos :

FRANCISCO MIQUEL y BADÍA; JOSÉ PASCÓ

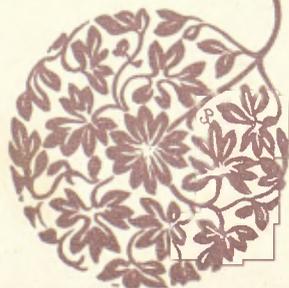
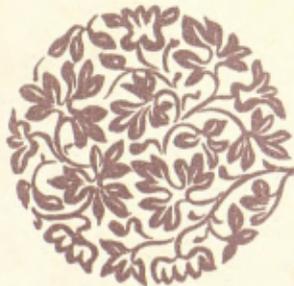


SUMARIO

- EL REO DE P... . por J. M. de Pereda ; ilustración de Mas y Fondevila, Pascó y Pedrero  
CAZA MAYOR . . . por Vital Aza ; ilustración de Pascó  
SIN SESOS . . . . por Juan Buscón ; ilustración de R. Casas  
ARTE ANTIGUO . . por Francisco Miquel y Badía

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

- ESTUDIO PARA UN CUADRO . . . . . por I. Zuloaga  
DESPUÉS DE LA NEVADA . . . . . por Vierge  
EL ÉXTASIS DE SAN FRANCISCO . . . . . por A. Clapés





(APUNTES DE MI CARTERA)



**L**a mañana era brumosa y fría, y escaseaba la luz porque aun no había traspuesto el sol las lomas del Oriente. Se me habían «pegado las sábanas» aquel día, y llevaba muy contados los minutos cuando salí de casa; temía llegar tarde y apretaba el paso, con lo que doblaba el empuje y la

frialdad del terralillo madrugador que me daba de frente.

Al entrar en el espacioso vestíbulo de la estación, observé que salía de él bastante gente de pueblo, en la que predominaban las mujeres. Nada tenía esto de particular á aquellas horas y en aquel sitio; pero sí lo tuvo para mí el que todas las frases que iba sorprendiendo al pasar rápidamente para llegar al despacho de billetes antes de que le cerraran, fueran la expresión de una misma idea, de un mismo sentimiento; del mismo, precisamente, como recordé de pronto, que las de unos chicuelos que se habían cruzado conmigo en las inmediaciones de la estación: frases compasivas, exclamaciones de pena, dedicadas á alguien que no se nombraba terminantemente. Lo apurado del tiempo me impidió enterarme allí mismo de lo que ocurría; tan apurado, que no sé cuál fué antes, si el dar yo el primer paso en dirección al andén, con el billete comprado, ó el oír el golpe del ventanillo que se cerraba.

Instalado al fin, tranquilamente, y sólo por añadidura, en el departamento que me correspondía, me asomé á la ventanilla, tentado de la curiosidad que se me había despertado en el vestíbulo; pero nadie pasaba por allí: todas cuantas personas quedaban en el andén después de cerradas las portezuelas de los carruajes, estaban agrupadas enfrente de uno de ellos, muy alejado del mío. De pronto se separó del grupo un hombre á quien yo conocía mucho: cierto barbero muy popular en la ciudad, el cual prestaba tiempo hacía sus servicios en la cárcel, con derecho al uso de la gorra galoneada con que cubría su cabeza voluminosa. Le llamé con una seña; y él, que era la despreocupación y el regocijo andando, se vino á mí con la faz angustiada y el color ceniciento.

—¿Qué ocurre aquí de extraordinario?—le pregunté.

—Que se llevan al infeliz... En aquel coche va — me respondió con una voz como la cara.

—¿Quién es ese infeliz?

—El reo de P....

—Y ¿adónde le llevan?

—Á su pueblo.

—¿Para qué?

—Pues... para matarle en cuanto llegue. Ayer se supo que se le había negado el indulto, y anoche mismo se dieron las órdenes para trasladarle allá y ponerle en capilla. El verdugo estará también en camino á estas horas, desde Burgos, y el piquete saldrá hoy de aquí por la carretera...

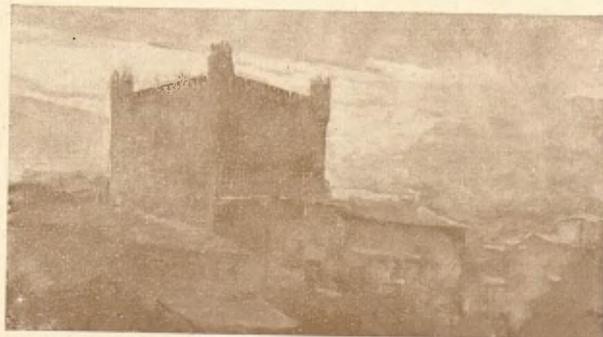
—Y ¿sabe él todo eso?

—Como saberlo fijamente, creo que no; pero temérse-lo... Le hemos dicho que, como lo del indulto puede ir por largo y está la cárcel de aquí llena de presos, se ha mandado que le trasladen á él á la de su partido para que cada palo aguante su vela... Con esto se conformó anoche; pero esta mañana, al ver que eran cuatro los guardias que le acompañaban, y no dos como cuando iba á la Audiencia, se le cambió de pronto el color y nos pidió, por todos los Santos del cielo, que le dijéramos la verdad si le tentamos engañado. Juramos y perjuramos que era cierto lo que ya sabía... sólo que como al que más y al que menos de los que estábamos presentes no nos sobraba el arte para fingir, aunque él no peca de listo... ¡qué sé yo! á mí se me figura que en el cuerpo la lleva... Hasta aquí le hemos acompañado, y en el coche le dejo, sin atreverme á estar más tiempo delante de él, por si me descubre en la cara lo que no quiero que sepa por mí.

—Ya veo que te ha impresionado mucho la despedida.

—¡Qué quiere usted!... Gorda fué la que hizo y bien merecido tiene en ley lo que le cuesta; pero llevo muchos meses tratándole y observándole en la cárcel; es un simplón que hasta los niños le engañan; tiene uno su corazón correspondiente, y... en fin, no se puede remediar.

En esto arrancó el tren, se descubrió *Nisio* para saludarme, y yo me dejé caer en el cojín de mi asiento, con el corazón oprimido y la cabeza llena de pensamientos y de visiones.





Lleva consigo el reo de muerte mucho de lo que es peculiar á la corriente mansa del río profundo, á la mar tranquila, al bosque silencioso; á cuanto es misterio, abismo y soledad. Un impulso desconocido nos arrastra hacia ello, y otra fuerza

más poderosa aún nos detiene allí y nos obliga á contemplarlo, á meditar, á penetrar lo que es impenetrable, á hundir el pensamiento y el espíritu en lo invisible. No parece sino que por el camino de aquellos misterios se llega más pronto á descubrir ese *algo* que es el anhelo constante del alma humana.

Pues de esa misma fuerza me sentí yo esclavo tan pronto como supe que en el mismo tren que yo, iba el reo de P... : yo con propósitos de pasar un alegre día de campo, y él destinado á morir en un patíbulo. No me era

aquel hombre enteramente desconocido : le había visto una vez en la calle, maniataado, entre dos guardias civiles que le conducían á la Audiencia, seguido de una turba de muchachos vagabundos. Recordaba algo de su fisonomía, de su estatura, de su vestido; pero eso, que entonces me pareció hasta demasiado, en la nueva ocasión no era ni siquiera lo suficiente. La primera vez se trataba de un hombre aún no juzgado, que podía ser ó no ser condenado á muerte y ejecutado en día y lugar determinados por la justicia humana;

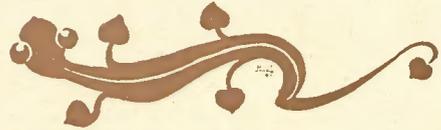


de un ser que estaba *expuesto* á morir á manos del verdugo, como lo está cualquier hombre de bien, en cada instante de su vida, á perderla por obra de una enfermedad ó de fortuito accidente; era, en suma, *uno más* de los condenados á muerte, que á todas horas andan por el mundo y pasan á nuestro lado con mayor ó menor derecho á nuestra curiosidad; pero en la segunda ocasión, ese mismo hombre tenía ya contadas las horas de su vida; estaba condenado á morir en día fijo y muy cercano. Si tenía dudas, iba á aclararlas de un momento á otro; si poseía la certeza que infunde la luz de la fe, ¡qué espanto el suyo con una conciencia tan cargada de culpas!

De todas suertes, y sin contar su natural apego á la vida, ¡qué estado el de su espíritu!

Ya no inspiraba repugnancia por el recuerdo de su crimen, sino profunda compasión por la certeza del suplicio con que iba á pagarle; ya era la corriente mansa,

la mar tranquila, el bosque silencioso, que atraen y subyugan y obligan á meditar y á sentir. Por eso se despertaron en mí tan fuertes deseos de verle y de contemplarle de cerca.



Y los satisface en la primera estación en que hizo el tren una de sus interminables paradas. Comencé por pasar y reparar muchas veces por delante del coche que le conducía : temía mortificarle si notaba el empeño que me mortificaba á mí. Estaba de perfil, en el centro del banco y con la cara vuelta al lado opuesto al andén; y como supuse que hacía esto por apartar sus ojos de las miradas con que muchos le perseguían no sólo desde la estación, sino desde los otros compartimientos del coche, separados

por vallas de poca altura, me detuve, me acerqué, y hasta me subí al estribo... y hasta se retiró hacia el respaldo de su asiento, leyéndome los deseos en la cara, un Guardia civil que tapaba con su busto media ventanilla.

Era el reo un mocetón grandote y de muchas carnes que apenas cabían en su vestido, negro y resobado, cuya chaqueta, ó no tenía cuello, ó le tenía sumamente bajo, como si le hu-

biera preparado el verdugo para que se desbordaran por allí las ronchas de un pescuezo corto y de un cerviguillo digno de un toro de lidia, y quedara sitio en que acomodar la fatal argolla de su oficio. Cubría su cabeza, rapada y no muy grande, con un casquete también negro, y era el color de su cara el de la de todos los encarcelados, pálido y enfermizo. En sus formas adiposas y en su quietud casi absoluta, con las manos sobre los redondos muslos, atadas por los pulgares, se revelaba un temperamento linfático; y costaba trabajo creer, porque tampoco en su cara mofletuda y sosa había nada de repulsivo, que bajo aquella envoltura grasienta y apelmazada cupieran impulsos tan feroces como los que le arrastraron á cometer el horrendo crimen que iba á expiar muy pronto... Pero, á todo esto, ¿lo sabía él? ¿lo sospechaba siquiera? ¿Era creíble que sospechándolo, nada más, pudiera guardar aquella actitud tan sosegada y tranquila? ¿Será que el organismo físico y moral de los criminales se rige por leyes singularísimas é impenetrables al juicio, á la lógica y al sentimiento de los hombres de bien?





Por aquí andaba con mis reflexiones cuando un rapaz que se había encaramado también en el estribo, y se empinaba sobre los pies, inquieto, desconcertado y nervioso, para ver al reo á todo su gusto, exclamó de pronto, enderezándose á mí la pregunta:

—¿ Es verdá-usted que van á matarle en cuanto llegue ?

Me espantó la pregunta temiendo que la oyese el aludido; tapé la boca con una mano al rapaz, que saltó de un brinco al andén, y respondí al propio tiempo en voz alta, con intento de que lo oyera el desdichado:

—¡ No es cierto eso ! Le llevan á *su* cárcel, porque no cabe en la de Santander.

Pero ni á la pregunta del rapaz ni á mi respuesta volvió la cara, ni en todo su cuerpo se notó la menor señal de haberse enterado de ellas. Más valdría así; y mejor para los que le compadecíamos si las había oído y no daba importancia á la primera por ser la confirmación de lo que ya sabía, ni á la segunda por no creerla...

Descendí del estribo porque se oyó la señal de que se acababa el tiempo de parada allí; entré de nuevo en mi departamento, volvió el tren á deslizarse sobre sus carriles, y volví yo á pensar en lo que pensaría aquel hombre que iba aproximándose poco á poco al término de su viaje y de su vida. Haríamos el mismo camino hasta la estación de T... Allí tomaría yo el de mi lugar, hacia el Nordeste: el más largo, ó el más corto; el que me conviniera más; y él... el que le señalaran, hacia el Oeste, para llegar cuanto antes á su triste paradero... ¡Y hasta la eternidad !

En la estación de T... podría yo verle y contemplarle á todo mi gusto, pues habría tiempo y comodidad para

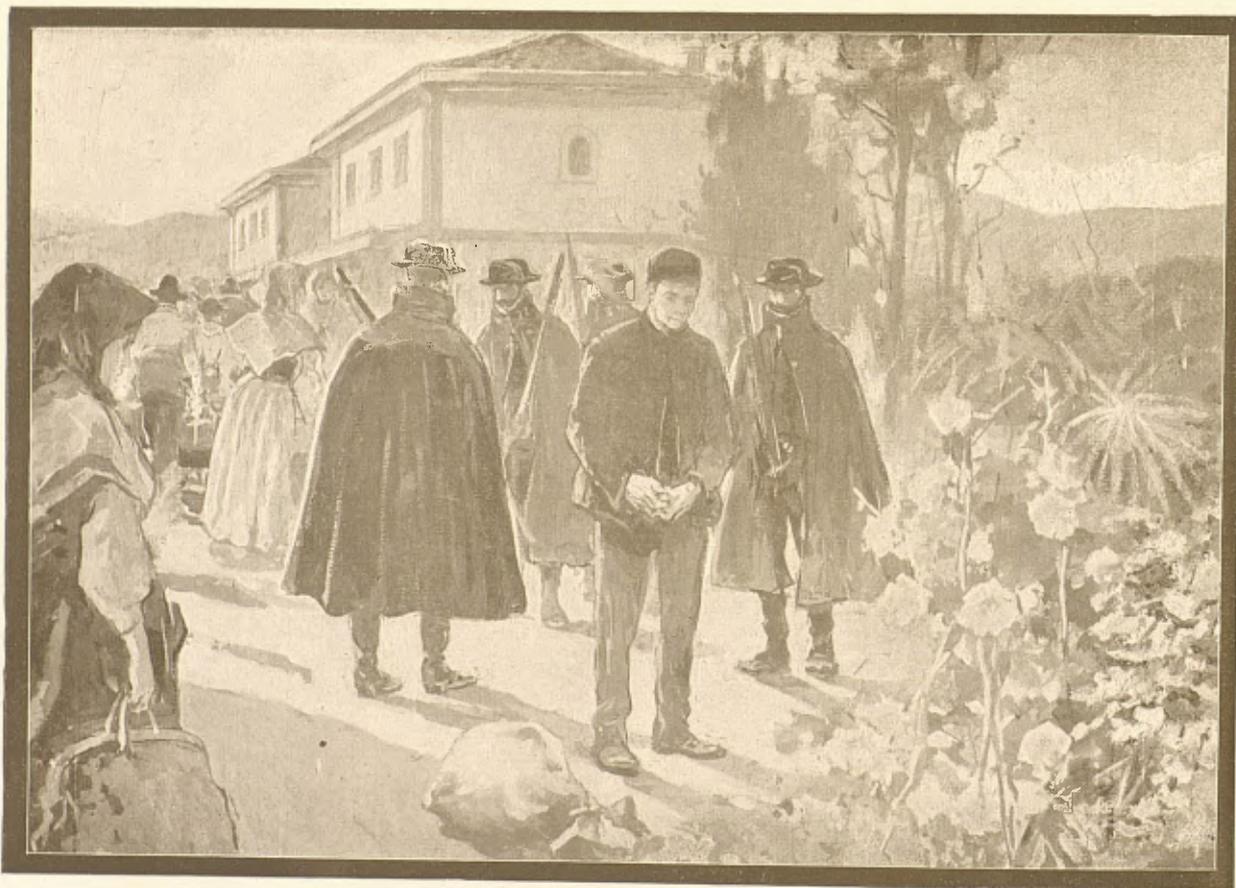


ello: era ocioso bajar en las otras dos intermedias, y encaramarme en el estribo y mortificar tantas veces al desgraciado con la impertinencia de mi figoneo. Sin embargo, en ambas me bajé, y en ambas hice lo mismo que en la primera, y siempre encontré al reo en la misma

postura, con las manos atadas descansando sobre los muslos, y la cara vuelta al lado opuesto al andén. No había duda: me arrastraba el misterio y me atraía el abismo.

Al fin llegamos á la estación de T..., donde quedó casi desocupado el tren, que era, según la jerga de la Compañía, *corto*, es decir, de los que no pasan de los límites de la provincia, con un andar de carromato. Por eso invirtió dos horas en un trayecto de cuatro leguas; y cuando llegamos á su término, se había elevado el sol por encima de los montes; y desde un cielo limpio, azul, barrido de toda señal de nube, alumbraba con su luz esplendorosa cuanto abarcaba la vista desde aquellas alturas: uno de los panoramas más hermosos que pueden admirarse en la Montaña, la tierra de las grandes maravillas de la Naturaleza. El coche en que iba el reo había quedado fuera del andén contiguo á la estación y enfrente de un jardincillo muy cercano de ella; y no hubo viajero que no desfilara por delante de él antes de entregar su billete en la puerta de salida. Esta peregrinación, que tenía no poco de solemne, duró algunos minutos. Yo no tomé parte en ella porque me reservaba para ver á mi hombre fuera del carruaje... como le vi poco después.

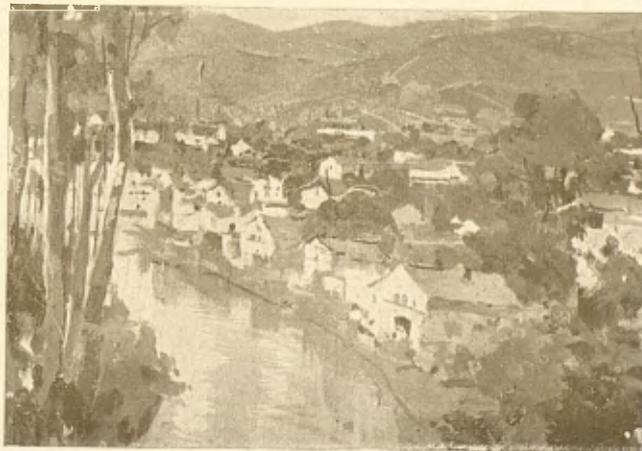
No sé cuándo ni cómo bajó ó le bajaron, porque, al volverme hacia aquel lado en uno de los maquinales paseos que me daba por delante del coche en que había





Torrelavega

llegado yo, toparon mis ojos con él, encarado á mí, de pie y como clavado en el suelo, como tronco de árbol desmochado que hubiera nacido allí; fijo, inmóvil, en una actitud y con una expresión en la cara imposibles de olvidar. Le daba el sol un poco de soslayo; y sobre el suelo arenoso, casi dorado, en que se alzaba la masa negra de su cuerpo, se dibujaba su sombra, que iba á perderse entre la hojarasca verde y las flores olorosas del jardín. Los cuatro Guardias iban y venían y andaban á su lado de acá para allá; y no faltaban curiosos, como yo, que le contemplaban desde cierta distancia respetuosa; pero de nada de ello parecía enterarse él, cuya mirada, profundamente melancólica, se desvanecía en lo invisible... Ni un gesto, ni la contracción más ligera de un músculo de su cara lívida, algo inclinada al pecho; ni la más leve señal de que latiera la sangre en sus arterias. Era la verdadera estatua del desconsuelo, de las grandes melancolías, del mayor de los desamparos. En esto cayó á sus pies un saco á medio henchir, con la boca amarrada con un cordel. Era su *petate*: los cuatro guñapos de su equipo. Tampoco se fijó en ello. ¿Para qué, ni aunque el saco hubiera estado lleno de perlas y diamantes? Porque era indudable que aquel hombre conocía entonces la terrible verdad, ó por haberse la revelado en el camino indiscreciones como la del muchacho de marras, ó porque la adivinaba ó la presentía. Era incompatible con la menor esperanza de vivir, aquella su imponente expresión de desconsuelo: sólo la certeza de que le conducían á la muerte, y en un



cadalso afrentoso, podía imprimir en su naturaleza medio salvaje aquel sello de acerbísimo dolor moral, devorado por la conciencia de merecerle... Y en derredor del desdichado, como dispuesto por la crueldad de su mala fortuna, si es que no lo disponía la justicia de Dios para mayor castigo suyo, ¡qué espectáculo! Nunca he pasado por allí sin detenerme largo rato para dársele á mis ojos por recreo; pero no recuerdo haberle visto jamás tan admirable como le vi en aquella tan señalada ocasión; y es que rara vez se logran, en esta tierra de los celajes grises y de los húmedos vendavales, un cielo tan limpio, tan azul; un sol tan vivo y resplandeciente, y una tranquilidad y un reposo en la Naturaleza, como aquel día. Abajo, en el llano, empalmando con el breve recuesto que da acceso á la estación, el largo arrecife entre alamedas, robledales, praderas y caseríos; más allá, al fin de la alameda, la masa roja de los primeros tejados de la villa que da nombre á la estación, la segunda capital de la Montaña, no sólo por su riqueza, sino por su hermosura: la reina y la señora de la admirable vega en uno de cuyos contornos asienta el trono de su señorío; después de la vega, que se pierde de vista á derecha é izquierda entre montes y cerros, la cuenca del río entoldada de espesa vegetación, entre la cual se destacan las notas blancas de los pueblecillos ribereños; luego otro valle, más bien adivinado que visto á través de las manchas diáfanas del arbolado desnudo y de las veladuras del humo blanquecino arrojado en espirales por las chimeneas de las barriadas; y á un



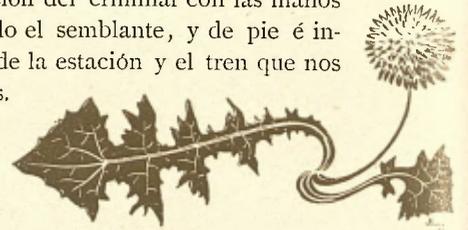
lado y á otro de estos valles deliciosos, más sierras y más montes escalonados y sarpullidos de aldehuelas... hasta que termina y cierra el panorama por aquel extremo un monte gris y pedregoso que sirve de barrera, por el Norte, á las aguas inquietas del Océano; y por el Oeste, erguidos sobre una gradería de altos y negros montes, los dos colosos de la cordillera cantábrica: Peña-Sagra y los Picos de Europa ya cubiertos de nieve, iluminados de frente por el sol y recortando los gallardos florones de su corona en el intenso azul del cielo.

Pues en este espectáculo, siempre nuevo y admirable para mí, hallaba yo aquella mañana un atractivo singular, que, en definitiva, me mortificaba mucho: por de pronto, el contraste que formaba su hermosura, convidando á regocijarse y á vivir, con el estado moral de aquel hombre que le tenía tan cerca, sin reparar en él, ó sin atreverse á mirarle; pero singularmente porque en lo más grandioso del cuadro, en uno de los repliegues de la falda de los Picos, estaba el término de su viaje: allí había nacido, allí había cometido el crimen, y allí había de expiarle por la mano del verdugo. Por embrutecido que tuviera el entendimiento, era imposible que no le hubieran entrado en él estas reflexiones al fijar la vista un instante en aquel lado del panorama, ó al saber que, desde el punto en que se hallaba, le tenía delante de los ojos; y á poco que se le fueran eslabonando las ideas en el cerebro, había de asaltarle la visión de su hogar y de los seres que le habitaban; pensaría que eran sabedores de su viaje y de lo que había de acontecerle en cuanto le terminara, y los vería á todos huyendo en busca de un escondite fuera del lugar, un agujero, una caverna en el monte, para ocultarse y morir allí de dolor y de vergüenza. Si no pensó entonces de este modo aquel criminal, yo lo leí en su cara, cuya expresión se acomodaba exactamente á estos pensamientos; y por eso, por lo que padecería él pensando de ese modo, padecía yo al poner los ojos en lo que tantas veces me los había recreado; y hubiera preferido á aquella luz tan brillante, á aquella augusta placidez de la Naturaleza, á aquellos aromas vivificantes de la húmeda tierra acariciada por el sol, á aquel cuadro, en fin, tan despertador de todos los alicientes más nobles de la vida, un día ceniciento y borrascoso, de los que menos influyen en las imaginaciones adormiladas y en los entendimientos incultos. ¿Quién duda del poder que ejercen los agentes externos en el ánimo de ciertos hombres... y aun en el de toda casta de ellos?...

Andando en estas y otras meditaciones análogas y sin apartar la vista del reo, que tan profundamente me iba contaminando de sus tristezas, enderezóse de pronto, como si saliera de un letargo, y, al mandato de los Guardias que le custodiaban, rompió su mar-

cha con paso firme hacia la puerta de salida, á la cual me arrimé yo para verle más de cerca.

Fuera ya de la estación, no le condujeron por la carretera que de ella arranca en dos ramales curvos, sino á campotravieso por el serrato intermedio, que entonces estaba en abertal. Desde mi observatorio le vi bajar á buen paso y saltando matorros alguna vez, y le seguí con la vista hasta que desapareció entre los edificios y bardales del entrellano. Entonces recordé que me esperaba el carruaje; monté en él, con el pensamiento fijo tenazmente en aquel desdichado; y al cabo de media hora llegué á mi casa sin perder la visión del criminal con las manos atadas, pálido y angustiado el semblante, y de pie é inmóvil entre el jardincillo de la estación y el tren que nos había conducido á los dos.



¡ Cosa rara ! Desde que supe que viajaba con él hasta que desapareció de mi vista en el camino de T..., ni una vez sola puse la consideración en el crimen que había cometido: siempre fueron sentimientos de lástima los que me inspiraron su recuerdo ó su presencia. El corazón humano es así, más propenso á compadecerse que á castigar, delante de un delincuente arrepentido. Y lo cierto es que, en la necesidad de que flaquee en algún sentido ese órgano, que, en opinión de un grande hombre que fué á la vez un gran tirano, es el que gobierna el mundo, más vale que flaquee de ese lado. Digo esto porque precisamente por ello, ó por algo semejante, comencé yo, al cabo de algunas horas y en las soledades de mi huerto, á ingerirme en otro orden de ideas para descargar el espíritu de aquella fatigosa obsesión compasiva.

¿ Merece ese hombre — llegué á preguntarme — los malos ratos que me está dando ? ¿ Puede concebirse nada más abominable ni más merecedor del castigo que le aguarda, que el crimen que cometió ? Bien está la misericordia y hasta es de ley divina en todo corazón cristiano ; pero ¿ y la justicia ? ¿ y aquella pobre víctima tan bárbaramente sacrificada ? ¿ y aquella alevosía y aquella ferocidad más propias de un tigre que de un hombre ? ¿ Qué derecho tiene á la vida el que mata á sangre fría y por lujo de maldad ? ¿ No se persigue hasta el exterminio á las fieras que hacen eso ? ¿ Y no son fieras los hombres en tales casos ? ¿ Y la ejemplaridad del patíbulo, y... ? En fin, que insensiblemente me fuí colando en las sinuosidades de la sempiterna disputa sobre la pena de muerte ; cosa que no era de mi gusto, y por eso torcí de rumbo en cuanto caí en ello ; porque lo que yo necesitaba entonces con urgencia no había de hallarlo entre la seca y fría argumentación del raciocinio, sino en las fuentes



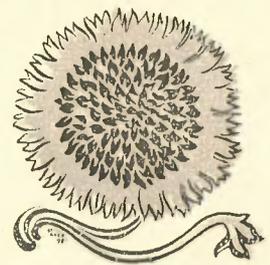
espontáneas y generosas del sentimiento. Con esta bien fundada esperanza, me puse á reconstruir en la imaginación el crimen *de autos*, tal como le conservaba en la memoria y constaba en ellos bien comprobado, y hasta referido por el mismo criminal.

Cierto día, un convecino suyo, hombre ya muy entrado en años y padre de varios hijos, fué á vender no sé qué frutos en su carro de bueyes á una



fería que se celebraba en otro pueblo de la misma comarca. Un camino solitario y muy *asomado* con frecuencia á grandes precipicios, separaba á los dos pueblos. De vuelta de la feria este hombre, al anochecer y con el carro vacío, le salió al encuentro, en uno de los parajes más desamparados del camino, el mocetón de mi historia, su amigo y convecino, nunca sospechoso á nadie, y muy á menudo objeto de las zumbas de muchos, porque, si pecaba de algo, era de bobalicón y de zángano. El caso fué que los dos convecinos se saludaron á su modo, y hasta empezaron á entrar en conversación, á carro parado. De pronto el mozallón descarga un tremendo garrotazo en la cabeza del feriante desprevenido y le tiende en el suelo, donde acaba su labor machacándole el cráneo con dos piedras. Después le registra los bolsillos; encuentra en uno de ellos el puñado de dinero que le había valido «su pobreza», y por último arroja el cadáver, sangriento y palpitante aún, al precipicio inmediato. En seguida se encarama en la *pértiga* del carro, husmea y rebusca con los ojos y las manos entre la yerba esparcida sobre el tablero, y no halla otra cosa que los restos de la merienda de su víctima: unos míseros fiambres y unos mendrugos de pan envueltos en un pañuelo; apodérase también de estos relieves mezquinos, y se los come tranquilamente, sentado, á su comodidad, en la *rabera* de la *pértiga*. Cuando no queda ni una hebra ni una miga de todo ello, se endereza, arrea á los bueyes para arrimar al *asomo* el carro; y después que lo ha conseguido, aplica á la rueda del otro lado todas las fuerzas de su corpazo, y le vuelca sobre el precipicio. Con esta precaución, considera borradas las huellas de su crimen. Un carretero despeñado en el fondo de un derrumbadero, y su carro volcado en lo alto y pendiente del yugo de los bueyes parados á la orilla, no son cosa del otro jueves en aquellas regiones escabrosas: el espanto repentino de una bestia, yendo dormido su conductor, basta y sobra para ocasionar una desgracia semejante. Y con esto se volvió, libre de toda intranquilidad y de toda pena, á su pueblo y á su casa.

¿Cuándo ni por qué había surgido en su mollera brutal el pensamiento de aquella salvajada [espantosa? Porque tras de no tener agravio alguno que vengar en su infortunado convecino, no ignoraba el escaso valor de lo que éste había ido á vender, ni tenía la menor necesidad de apoderarse de ello, porque era hijo de familia y no carecía de lo indispensable en su casa. ¡Tenebroso misterio, bien digno, ciertamente, de ejercitar en él todas sus fuerzas inductivas esos señores que tanto saben de pesos y medidas de cuerdos y desequilibrados! Á mí nada se me alcanzaba en tan abstrusa materia, y todo me volvía buscar términos de comparación fuera de la especie humana, porque dentro de ella no recordaba uno solo.





¡Pues ni por esas! El horror de estas cosas, la impresión de estos recuerdos, aunque templaron en mi fantasía el colorido deslumbrador de los otros, al fin y al cabo, la máquina de mis reflexiones fué haciendo insensiblemente un cambio de dirección, y volvió á encajarme en la memoria el suceso más reciente, la figura patibularia del hombre melancólico, con la cabeza inclinada, inmóvil y como clavado en el suelo, con el mísero *petate* á sus pies, inundado por la luz del sol, como para hacer más patente su vergüenza y su ignominia. Era mucho más *sugestivo* aquel cuadro, para mí, que la corriente profunda, que la mar en calma y que el bosque silencioso; era un libro cerrado en que, indudablemente, había mucho que leer. Y empeñado en leerle, volví á buscarle con el pensamiento al punto en que le habían perdido mis ojos; y le vi siguiendo el arrecife hacia la villa, entre el horror y la compasión de los transeuntes que se cruzaban con él; acomodarse, es decir, dejar que le acomodaran, en el vehículo que había de conducirle hasta *allá*, porque ya no tenía derecho á desear ni á pedir cosa alguna: era una propiedad de la ley, del verdugo; dejando atrás valles, pueblos y santuarios, por donde tantas y tantas veces habría pasado libre y señor de sí mismo; contando cada trozo de camino andado, con la congoja del avariento forzado á entregar, uno á uno, al ladrón que le sorprende, los cartuchos de las monedas de su tesoro; viendo, por término de su jornada, el cuadro aterrador de su propio suplicio, y, lo que sería más angustioso que la visión de la hoya y del garrote: la del pobre labriego, honrado hasta aquel día, hundiéndose en el polvo su cabeza y maldiciendo la hora en que tal monstruo fué engendrado.

Aquí se detuvo la máquina de mis reflexiones, y ya no fué el hijo el tema principal de las que fui acumulando en mi cerebro, sino el padre, el hombre de bien, el honrado campesino; y después el pueblo entero, cerrando puertas y ventanas mientras se alzaba el patíbulo afrentoso y se congregaban al pie de él las multitudes extrañas que descendían en hileras por todos los senderos de los montes inmediatos. ¡Día de espanto y de vergüenza para un pueblo montañés, cristiano y laborioso!

De esta casta fueron mis pensamientos mientras volvía á la ciudad aquella misma tarde y durante las primeras horas de la noche, y creo no mentir si afirmo que también mientras dormía. Yo no sé cuántos

de aquellos fatídicos cuadros vi y tracé entonces, pensando, hablando y soñando.

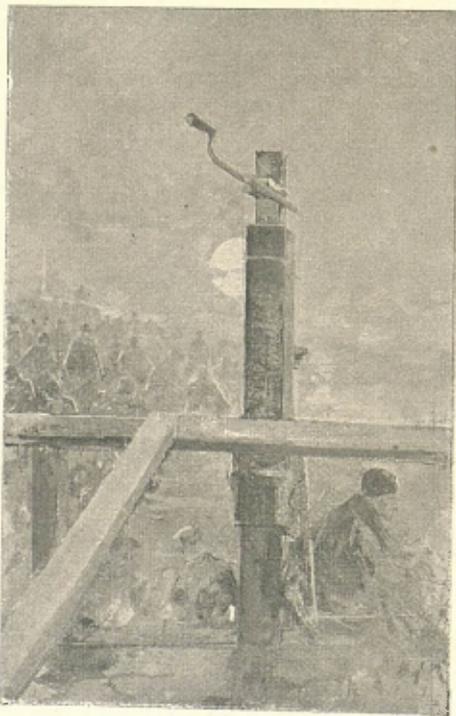
De boca de los que oían mis relatos y comentarios llegaron á calificar de *chifladura* mis preocupaciones supe que se había intentado nuevamente el indulto aprovechando la ocasión de no sé qué aniversario, muy próximo ya, obra de dos ó tres días, y que, con objeto de que no pudiera ser ejecutado el reo antes de esa fecha, se había ordenado que no utilizara el piquete el ferrocarril hasta T..., y se fuera por la carretera, á pie y en tres jornadas. Para dar cumplimiento á esta orden había salido por la mañana. «¡Dios haga que tan caritativos propósitos se realicen!» me dije, acordándome entonces, más que del reo, de su

infeliz padre, fugitivo quizás, á aquellas horas, por los riscos y quebradas del monte. El día siguiente á aquel tan risueño y esplendoroso, amaneció invernizo, destemplado y como los más crudos del invierno montañés: nevó por la tarde y continuó nevando por la noche; y cuando el nuevo sol alumbró la tierra de este pedacito de mundo, había sobre ella una nevada de más de un palmo de espesor: eso en los valles. ¿Qué menos de una vara en las alturas? Y así fué; con lo cual el piquete no pudo pasar de las gargantas del Deva; y en un pueblo de ellas estuvo detenido dos días. Llegó en tanto el del aniversario palatino, se concedió el indulto solicitado, salió el reo de la capilla en que ya le habían metido, y con ello sentí yo que me aliviaba el espíritu de un gran peso.



Pero ¿qué efecto había causado *allá* el indulto? ¿En qué forma había manifestado el reo su natural regocijo? ¿Llorando, rezando?... ¿Y su padre? ¿Quién fué á buscarle al monte para enterarle de la buena nueva? ¿Le habían hallado vivo en su escondite? ¿Le quedaba, en caso de vivir, algún lado sensible en su ser moral, tan macerado por la crueldad de su dolor? ¿Se le había podido convencer de que no es lo mismo tener un hijo criminal que ser padre de un criminal ajusticiado, porque, más que en el crimen cometido, está la ignominia en el patíbulo en que se expía? ¿Se había logrado reducirle á que volviera al pueblo y á su casa, en la que, quizás, hallaría ya á su familia llorando de gratitud y alabando á Dios por la merced recibida? ¿Vería á su hijo después? ¿Cómo sería aquella escena entre ambos?...

No caben en números las reflexiones de este género que me hice durante aquel día y el siguiente;





ESTUDIO PARA UN CUADRO. TIPOS SEGOVIANOS  
COMPOSICION DE I. ZULOAGA



DESPUES DE LA NEVADA  
COMPOSICION DE D. U. VIERGE



EL EXTASIS DE SAN FRANCISCO  
COMPOSICION DE A. CLAPES

porque es la pura verdad que, al curarme de una gran preocupación el suceso del indulto, me había metido en otra, no tan desagradable como ella, pero, en cambio, mucho más vehemente.

Al fin se franquearon las comunicaciones entre P... y la capital, y publicó un periódico de ésta una correspondencia de *allá*, recibida por el último correo. Según ella, los primeros efectos del perdón dieron motivo á una escena singularísima entre el reo y el verdugo. Éste afirmó, entre chanzas y veras, que el pescuezo del otro era, de los ya « metidos en capilla », el primero que *le fallaba* desde que ejercía *la profesión*. Y ¡qué pescuezo!... Y de aquí el palpársele y el medírsele con ambos manos, y el apretarle el gañote con los dedos, y el reirse el otro bestia para celebrar la farsa, y el sacar la lengua y temblar de pie y mano, y hacer toda casta de visajes para remedar á un ajusticiado; y hasta el entrar en ganas de conocer *la herramienta* y su modo de funcionar; y el apoyarle en la brutal demanda los espectadores de la escena; y, por último, el prestarse á ello el verdugo y dar allí mismo una larga *conferencia* sobre el manejo del tornillo y de la argolla, sirviéndole de modelo *justiciable* su propia víctima *fracasada*.

Se me cayó el periódico de las manos, y no quise leer más ni meditar sobre lo leído, por no mezclar las tintas del nuevo cuadro con el recuerdo del otro, del hombre melancólico de la estación de T..., y mucho menos con el de su padre, el infeliz, el sencillo, el honrado labriego que volvería á ponerse á punto de morir de indignación y de vergüenza si se enteraba de aquella infame comedia representada en la cárcel de P...

Pasaron unos cuantos días, y con ellos se fué borrando en mi memoria lo más saliente de los recuerdos del hijo; pero no me sucedió lo mismo con los trazos de la imagen que yo había formado de su padre: nada más venerando para mí que la vejez de un pobre honrado, abatido por las pesadumbres; y en este concepto, lejos de achicárseme la idea que tenía de aquel viejo campesino, cristalizada en mi cerebro,



se iba agrandando á medida que pensaba en él; y pensaba muy á menudo.

Un día, cuando aun se hablaba mucho de los sucesos referidos, oí llamar á la puerta de mi casa y se me dijo que preguntaba por mí « un aldeano ya *de edad*. »

—¿Cómo se llama?— pregunté yo á mi vez y sin gran curiosidad, porque á las visitas de este linaje estoy bien acostumbrado.

—Dice que es el padre del reo de P...

—¡El padre del reo de P...!— exclamé estremeciéndome. — Y ¿para qué pregunta por mí? ¿Qué se le ocurre á ese buen hombre?— añadí muy dispuesto á mandarle entrar para conocerle y echar un párrafo con él.

—Ya se lo he preguntado, y me ha respondido que « á ver si le da usted algo »...

—¿Algo de qué?

—De dinero... de limosna...

—¿Á qué santo?

—Pues, también me lo ha dicho: á santo de que es « el padre del reo de P... » Por lo visto, anda así de puerta en puerta.

Algo como luz de pajueta que alumbraba en un rinconcito de mi cerebro á una figura de patriarca venerable, se apagó de repente dejando á obscuras el *santo* y la hornacina.

— ¡Dile que no estoy en casa! — respondí con intención de que lo oyera el postulante.

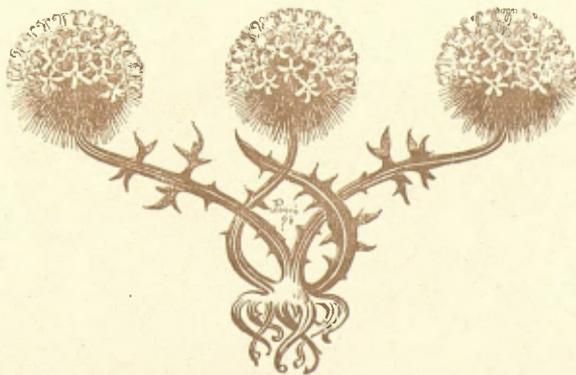
« ¡El padre del reo de P...! »... ó como si dijéramos: el verdadero, el auténtico Delfín de Francia.

¡El bendito de Dios se había dedicado á explotar de aquel modo la negra fama de su hijo!

No hago comentarios, lector pto y justiciero: hazlos tú si gustas y eres de esos ya citados linceos que se pasan la vida aquilatando cerebros y corazones, para distinguir entre cuerdos, imbéciles y desequilibrados; en la seguridad de que todo lo referido en estas cuartillas es exacto y rigurosamente cierto y de fecha no remota.

J. M. DE PEREDA

Santander, Enero de 1898.





EN Asturias, hace un mes,  
recibí una invitación  
de unos amigos que son  
cazadores *enragés*

diciéndome: «Se te emplaza  
« para que te hagas presente  
« en casa del Presidente  
« del *Círculo de la Caza*,  
« donde se hablará este día  
« de una excursión en proyecto  
« y poder llevar á efecto  
« mañana una cacería.»

Agradeciendo el favor  
(que era muy de agradecer),  
pero haciéndoles saber  
que yo no era cazador,  
á aquella cita acudí  
y en la cita me encontré  
con una idea que fué  
poco grata para mí.

Ellos, dichosos, felices,  
ya su triunfo aseguraban.  
Yo creí que me invitaban  
á matar unas perdices,  
y ¡oh, desengaño espantoso!  
¡llevé un susto de los buenos!  
se trataba nada menos  
que de ir á matar un oso.

Comprendieron (¿cómo no?)  
mi escozor... ó lo que fuera,  
y no faltó quien dijera:  
— ¿Tienes miedo?

— ¿Miedo yo?  
¡Que salga y le suelto un tiro!  
¡Nunca un oso me ha asustado!  
Estoy muy acostumbrado  
á verlos... en el Retiro.

— ¡Basta! — dijo el Presidente.—  
No hace falta discusión.  
Ya veis lo que escribe Antón,  
que es un montero excelente.

En Peña-Ruda vió ayer  
al oso, y sigue su pista.  
Esté, pues, la gente lista,  
que no hay tiempo que perder.

Mañana todos aquí  
antes que salga la aurora.  
¡Ea! Á descansar ahora.  
¿Contamos contigo?

— ¡Sí!  
Aquí me tendréis montado  
en mi jaco.

— ¿Para qué?  
¡Nada de caballo! ¡A pie!

# CAZA MAYOR

El terreno es muy quebrado.  
El cazador necesita  
ser andarín.

—¿Quién lo duda?

Y ¿está lejos Peña-Ruda?

—Tres leguas.

—(¡Virgen bendita!)

Y ¿hay comida?

—Es de cajón.

Cada cual, en su bolsillo,  
que se lleve un panecillo  
y un poco de salchichón.

¡Será un día delicioso!

Á dormir quien tenga gana,  
y á Peña-Ruda mañana,  
que allí nos espera el oso.

Di mi palabra formal.

Fuí á mi casa y me acosté.

Aquella noche soñé  
con un oso colosal.

¡Fué una pesadilla horrible!

La fiera me perseguía.

Fuí á gritar... y no podía.

Quise huir... pero imposible.

Ya iba el animal *feroche*  
á matarme de un zarpazo,  
cuando... me pegué un trastazo  
contra la mesa de noche.

Me desperté; me vestí.  
Ya empezaba á clarear.

No quise hacirme esperar  
y al punto de cita fuí.

Mis compañeros, valientes,  
á la lucha preparados,  
iban todos muy armados,  
armados hasta los dientes;  
pues llevaba cada cual  
su canana muy repleta,  
su revólver, su escopeta,  
su cuchillo y su puñal.

Yo, como iba de *mirón*,  
salí casi desarmado:  
sólo me había cuidado  
del pan y del salchichón.

Juntos echamos á andar.  
¡Qué cuatro horas, Virgen mía!  
La mañana estaba  
pero sudamos... la ma...

¡Qué fatigosa ascensión!  
Por fin, suda que te suda,  
llegamos á Peña-Ruda  
y allí encontramos á Anón.

— ¡Pronto! Ese oso ¿dónde está?  
le preguntó el Presidente.

— Pues... mire usted... francamente,  
no sé por dónde andará.

Aquí cerca estuvo ayer:  
en el robledal entró;  
le seguí, se escabulló  
¡y ya no le he vuelto á ver!

Para mí que debe estar  
allá abajo, junto al río.  
— Dices bien. Pues ¡al avío!  
No debemos descansar.

Y ¡vuelta á andar! ¡Qué trabajo!  
Y ¡vuelta á tragar saliva!

Me cansé en la cuesta arriba  
menos que en la cuesta abajo.

Llegamos al río, y ¡nada!  
el oso no pareció.

— Señores, —les dije yo—  
comamos aquí.

— ¡Bobada!

¿Quién piensa en comer buscando  
en los montes á una fiera?

Á ver si en esta ladera...  
Mucha prudencia... y andando.

De pronto, en un matorral,  
vimos algo sospechoso.

Todos dijeron: — ¡El oso! —  
Yo sentí un frío glacial.

— Aquí está. Calma, valor  
y silencio: ¡os lo suplico!

Asomó el oso el hocico...  
¡y era el perro de un pastor!

¡Y vuelta á andar otra vez!  
Yo les dije: — ¡Por Dios Santo!  
¡Señores, no andemos tanto!  
¡Esto es una insensatez!

— ¡Cómo demuestras en eso  
que tú no eres cazador!

— ¡Qué he de serlo? ¡No, señor!  
Pero soy de carne y hueso.

Dadme un respiro siquiera.  
— ¿Descansar? No puede ser!

¡Ó poco hemos de poder  
ó ha de parecer la fiera!

¡And... dijo el borrico

de Antón, dándose en la frente:

— El oso seguramente  
está arriba, en aquel pico. —

Fuimos, del montero en pos,  
subiendo, y al fin llegamos  
al pico, y no reventamos  
por un milagro de Dios.

Tampoco el oso maldito  
por allí se dejó ver;  
como que llegué á creer  
que lo del oso era un mito.

¡Vuelta de nuevo á bajar!  
¡Vuelta otra vez á subir!  
Y ellos, nada, sin sentir  
deseos de descansar.

Con andar tan fatigoso,  
¡cuál mi cansancio sería  
que ya al cielo le pedía  
que se presentara el oso!

— Nos es contraria la suerte,  
— dijo el Presidente — pero  
Antón vió al oso y espero  
que al fin le daremos muerte.  
Dentro de cuatro ó seis días  
volvemos, y se acabó.

— Volveréis vosotros: yo  
no quiero más cacerías.

— No es cazador (lo repito)  
quien las fatigas no afronte. —

¡Y seguimos por el monte  
sin descansar ni un ratito!

Cuando ya su luz escasa  
enviaba el sol poniente,  
dijo, al fin, el Presidente:  
— ¡Señores, vamos á casa! —

Y hacia el pueblo nos volvimos  
con un cansancio horroroso,  
¡sin haber visto más oso  
que el que nosotros hicimos!

VITAL AZA.

Junio de 1898

## SIN SESOS



ues, señor,—dijo una mañana el Diablo,  
—voy á huronear un poco por allá arriba y ver lo que ÉL hace.

Y después de acicalar un poquito sus garras, sus cuernos y su cola, Satanás extendió las alas y, echándose á volar por los espacios, fué á posarse, como gigantesca é infernal mariposa, sobre un astro sin luz ya, cuerpo sideral sin vida, cadáver petrificado, que continuaba rodando eternamente por los espacios.

Una vez colocado sobre su observatorio, examinó el Ángel caído lo que pasaba en varios millones de millones de leguas en derredor, y pudo ver cómo el Supremo Hacedor de todo lo creado mataba el tiempo elaborando seres humanos de nuevo modelo ó, mejor dicho, de un modelo que no era nuevo, sino modificado en ciertos detalles.

Picóle la curiosidad al Príncipe de las Tinieblas por ver más de cerca el trabajo del Eterno, y, emprendiendo de nuevo el vuelo, fué aproximándose poco á poco, dando vueltas y más vueltas en la inmensidad etérea, describiendo círculos y más círculos, entre intimidado y atrevido; hasta que al fin, molestada Su Divina Majestad por un olor endemoniado, levantó la cabeza y distinguió á su rebelde vasallo maniobrando á poca distancia.



No le hizo maldita la gracia al Señor la vista de aquel siniestro pajarraco. Así es que con áspero acento preguntóle qué malos vientos le traían por tales sitios sin que nadie le llamase.

—Pues nada de particular...—repuso Satanás procurando sonreír agradablemente y con dulzona hipocresía;—pero, como el día está tan rico y tan hermoso, me vino la idea de dar un paseito por estos mundos y ofrecer, de paso, mis humildísimos respetos á vuestra Excelsa Divinidad.

—Tus respetos no me hacen ninguna falta: ¿entiendes tú, mala sombra?... Y lo mejor que puedes hacer es largarte: ¿sabes?...—replicó el Creador severamente y reanudando la tarea un momento interrumpida.

Pero no se dió el tipo por enterado, y, buscando un pretexto para quedarse y seguir husmeando, exclamó de pronto con entonación admirativa y juntando las manos:

—Pero ¡qué manos de oro tiene Vuestra Majestad y qué primorosamente trabaja!... ¡Vaya unos hombrecicos tan bien hechos, esos!... Y ¡qué moninos son y cómo se los comería uno á besos!... Sin lisonja

ninguna puede decirse que Vuestra Majestad se pinta sola para hacer obras de arte...

Encogióse de hombros el Altísimo, desdeñando la diabólica adulación, y se puso á trabajar en otro modelo, que á poco quedó concluído y acabado. Mas hétete que en el momento de darle la última mano estalla en los aires una tremenda é irreverenciosa carcajada, cuyos ecos repercutieron los inmensos espacios.

—¿De qué te ríes, majadero?...—preguntó enojado el divino artífice.

—Pues me río de la graciosísima distracción que ha padecido Vuestra Majestad,—dijo Satanás con maligno regocijo y apretándose los hijares.— ¡Vaya un caso chusco!

—¿Qué distracción, si se puede saber?...—interrogó el Todopoderoso frunciendo las cejas.

—Pues ahí es poca... Con algunas más de ese calibre, aviada estaría esa humanidad que, según oigo decir, es la obra más perfecta que ha salido de vuestro sublime poderio...

—¿Te explicarás de una vez?

—Me explicaré, tomándome la libertad de hacer observar á Vuestra Omnipotencia que ese último modelo que acaba de fabricar es indudablemente muy vistoso, muy bonito, muy gallardo; pero... y ahí está el *quid*... pero le falta lo principal.

—Y ¿qué es lo que le falta, señor críticón?

—Le faltan los sesos... que quedaron ahí á un lado, sobre la mesa, y que Vuestra Majestad olvidó meter dentro del cráneo. De modo que, á no deshacer lo hecho, no veo cómo se las compondrá ese pobrete para ir por el mundo y hacer algo de provecho.



Pascó

Mordióse los labios el Eterno, ante la justicia de la observación y advirtiendo su olvido. Pero midiendo, al instante, con una mirada de abrumadora superioridad al *Maligno*, que continuaba riendo irónicamente, replicó con voz pausada:

—Pues sábetete que, sin deshacer una partícula de lo que hice, enviaré este hombre allá abajo para que sea uno de los privilegiados y venturosos de la tierra. No tiene sesos, y alcanzará, sin embargo, fácilmente lo que más ansian los humanos: gloria y riquezas. No será ni rey, ni general, ni sabio, ni poeta, y paseará como triunfador por las naciones. Los hombres le colmarán de aplausos y de oro; las mujeres, de sonrisas y de flores. Su fama será efímera y baladí, pero gozará plenamente de ella y, con todo y ser un pígemeo, le proporcionará la ilusión de ser un coloso. ¿Quieres más dicha para un simple mortal?

—¿Qué haréis, pues, de él?...—interrogó Satanás, riendo ya con la risa del conejo.

—Haré de él... un tenor.

Pegó el Rey del Averno un bufido rabioso al sentirse una vez más humillado por aquella incontrastable omnipotencia, bajó mudo y confuso la cabeza, batió las negras alas y salió por los infinitos espacios, disparado.

—¡La del humo!... murmuró el Señor restregándose alegremente las manos.

Luego cogió la figurina de carne y hueso acabada de elaborar, sopló con suavidad, y al punto el hombrechillo se irguió altanero, movió piernas, brazos y cabeza, puso los ojos en blanco y soltó un *do* de pecho esplendoroso.

—Anda, hijo, que con eso tienes bastante para medrar más que los sabios y no necesitas el entendimiento para nada.

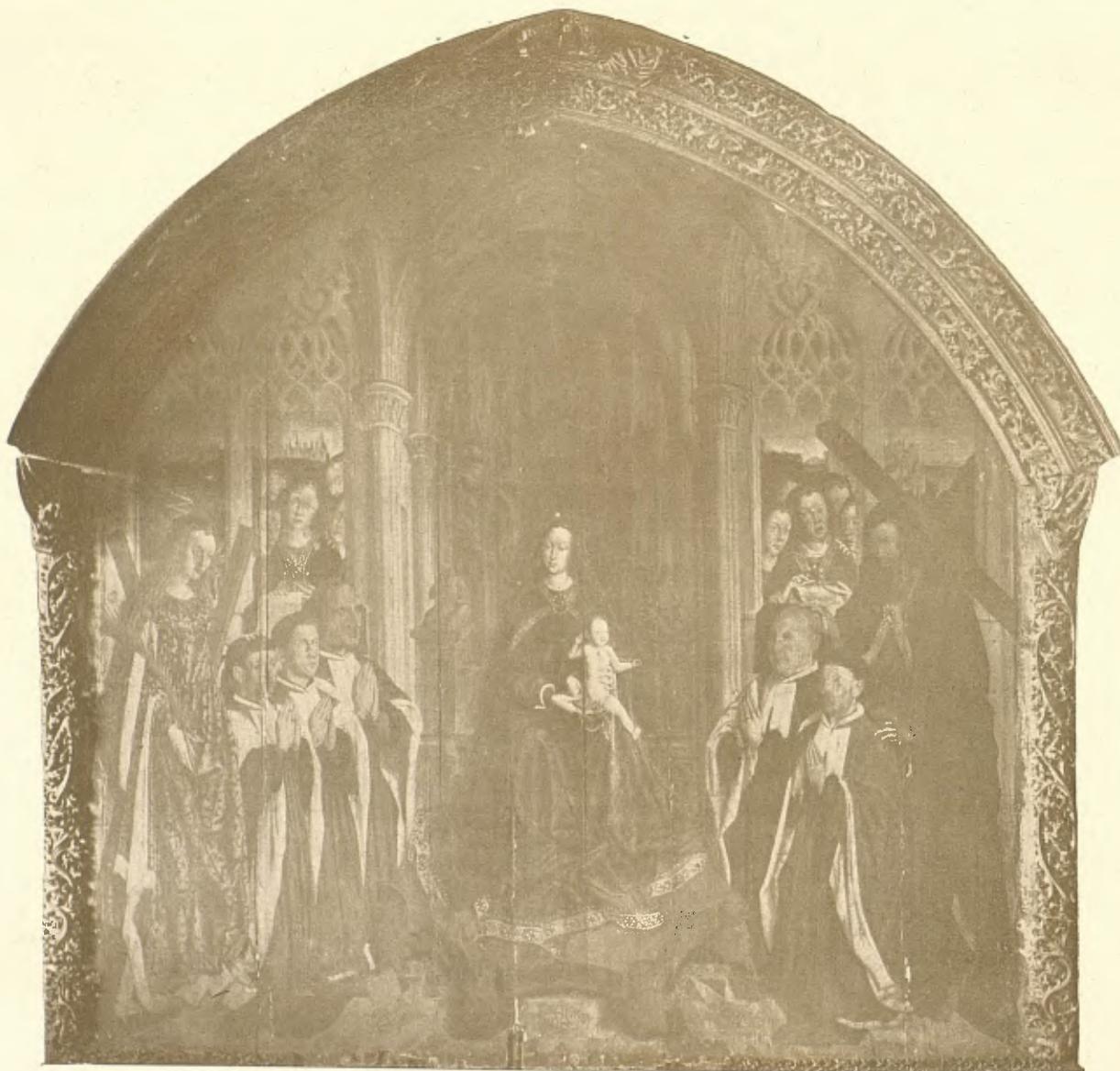
Juan BUSCÓN



Catedral de Barcelona: Detalle del Coro

### EL CUADRO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN Y LOS CONCELLERES

Autor catalán fué el de esta interesantísima pintura que se conserva en el Archivo Municipal de Barcelona, habiendo figurado antes en la capilla de la Casa Ayuntamiento. Tiene valor esta pintura por su subido mérito artístico y por ser evidente prueba de la influencia que en Cataluña ejercieron en el siglo XV los grandes maestros de la Escuela Flamenca. El estilo de los Van-Eick y de los Van der Weiden aparece evidentemente en la composición del cuadro y en sus detalles, lo propio que en la manera de estar tratados la Virgen y los Concelleres. Las testas de éstos pregonan que son retratos de gran fidelidad: el aire catalán más decidido se encuentra en aquellas severas cabezas. En la Virgen hay nobleza é idealidad, dentro de rasgos de una verdad extraordinaria. La excelente reproducción que damos de esta obra lo dirá claramente á nuestros lectores. Pintóse por Luis Dalmau, quien la dejó acabada en 1445, leyéndose su nombre y la fecha en la inscripción



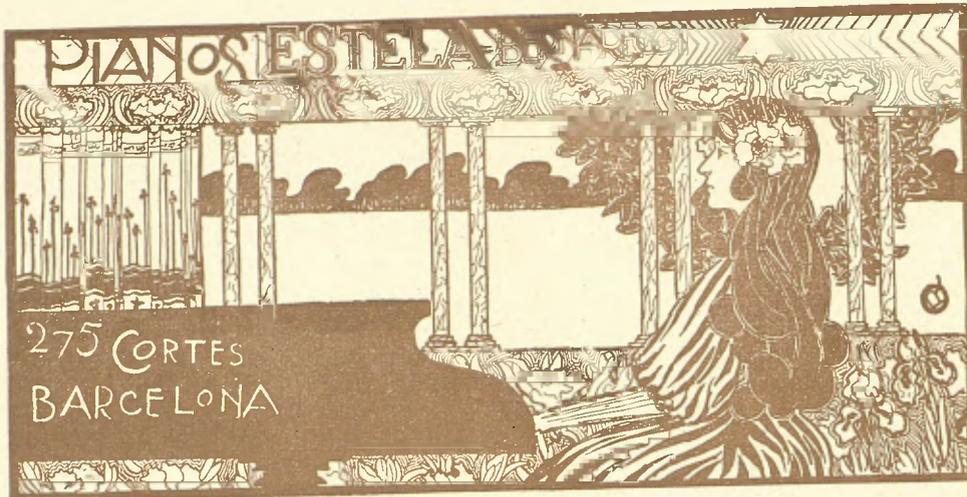
puesta en el pedestal del trono, según usanza de entonces. La Virgen se halla sentada en el trono, sosteniendo al Niño Jesús, una de las figuras más desmedradas del cuadro, y teniendo á sus lados dos grupos de los Concelleres puestos en oración. Sobre estos varones se ven las imágenes de Santa Eulalia y San Cucufate en actitud de presentarlos á la Soberana Reina de Cielos y Tierra. Á 6 de Junio de 1443, según nos lo dicen los registros municipales, se propuso hacer un cuadro para la Capilla, y la propuesta se aprobó más adelante, encargándose el trabajo al pintor más hábil, que fué el citado Luis Dalmau. *Sub anno 1445 per Ludovicum Dalmau fuisse pictum*, reza la inscripción á que antes nos hemos referido. Es opinión de personas doctas en la historia que los Concelleres allí pintados son los que se eligieron en 30 de Noviembre de 1442, esto es: Juan Llull, Ramon Savall, Francisco Llobet, Antonio de Vilatorra y Jaime Destorrent. Poco ó nada se sabe de Luis Dalmau, mas sí puede afirmarse que fué el sucesor y en parte compañero de aquellos insignes pintores, tan hábiles como modestos, que ejecutaron las tablas de la misma centuria décimaquinta que se encuentran en iglesias y conventos del Principado, de Aragón y de Valencia, y que existen igualmente en nuestra Santa Iglesia Catedral. Constituyeron una generación, ó generaciones, que formaron escuela hasta cierto punto, inspirándose en los sentimientos más genuinos del país y recibiendo y acogiendo la influencia que les vino de lejanas tierras, merced al espíritu abierto y al aliento mercantil de los antiguos catalanes.

### TÍMPANO DE MADERA EN LA PUERTA DE LA PIEDAD EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

Esta obra, que todo el mundo ve al pasar por la calle de la Piedad y que pocos examinan detenidamente y menos la estudian, merece ser reproducida cuidadosamente, conforme lo hacemos en este número, á fin de popularizarla. Diríase que se debe á un escultor de Alemania por el aspecto de los rostros y por el plegado de los ropajes. ¿Fué alemán quien la hizo, ó por lo menos oriundo de aquellas regiones? No sabemos que hasta ahora se haya averiguado. Es bien sabido que en la Catedral de Barcelona trabajaron entalladores é imagineros alemanes. El insigne Miguel Loquer, que talló los primorosos chapiteles de las sillas del coro, alemán fué, y probablemente del mismo país vinieron, ó de él procedían, el Francisco Muler—Muller quizás— y el N. Alamany que por



los años 1388 y 1389 esculpían claves, capiteles y basas. Posterior á estos parece ser el bajo relieve á que nos referimos: tal vez de los tiempos de Miguel Loquer, allá por los años 1480; pues en sus rasgos capitales más se descubre el arte del siglo XV, con sus ribetes de refinado y delicado, que el del siglo XIV, más sobrio y severo en todas sus obras. Sea cual fuere la fecha de esta notable talla, es evidente que hay en ella un sentimiento religioso que enamora y que se descubre especialmente en el rostro y en toda la figura de la adolorida Virgen. Hay dolor intenso en aquella cara nobilísima, dolor de madre que tiene en el regazo á su hijo víctima de los pecados de los hombres. Con la misma nobleza aparece modelada la imagen del Salvador, realista en el estudio del desnudo, por reclamarlo el asunto, mas sin pormenores que ofendan la vista ni siquiera empañen la elevación que resplandece en el conjunto de la obra. En las vestiduras, en el plegado, en diversos accesorios, révelase una mano peritísima y una inteligencia potente. Nuestros lectores juzgarán por ellos mismos si fijan la vista en la reproducción que encabeza estos párrafos.



**JIMENEZ & LAMOTHE**

**OLD BRANDY  
COGNAC**  
PURO DE VINO



**MALAGA  
MANZANARES**



DE  
VENTA  
EN  
TODAS  
PARTES

OBRAS COMPLETAS  
DE  
**PEREDA, D. José María**

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

- |  |  |
|--|--|
| 1. Los hombres de pro,<br><i>con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.</i> | 8. Bocetos al temple.<br>Tipos trashumantes. |
| 2. El buey suelto...   | 9. Sotileza.                                 |
| 3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.   | 10. El sabor de la tierra.                   |
| 4. De tal palo, tal astilla.   | 11. La puchera.                              |
| 5. Escenas montañosas.   | 12. La Montálvez.                            |
| 6. Tipos y paisajes.   | 13. Pedro Sánchez.                           |
| 7. Esbozos y rasguños.   | 14. Nubes de estío.                          |
|  | 15. Peñas arriba.                            |
|  | 16. Al primer vuelo.                         |

— FUERA DE LA COLECCIÓN —

**PACHÍN GONZÁLEZ,** *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º, 3 pesetas*

**TIPOS TRASHUMANTES,**  
*edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º, 5 pesetas*

**DISCURSOS**

*leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º, 2 pesetas*

**LITOGRAFÍA** montada con todos los adelantos modernos

ESPECIALIDAD en etiquetas de relieves para fábricas de tabacos y de tejidos  
JUGUETES de cartón recortados para fábricas de chocolate, galletas, etc., etc.  
CARTELES y CALENDARIOS anunciadores  
ESTAMPERÍA; IMÁGENES en hojas recortadas y caladas  
ETIQUETAS para vinos, licores, farmacia, perfumería, etc., etc.  
ENCUADERNACIONES industriales y artísticas

HERMENEGILDO MIRALLES: 59, Bailén, 59.—BARCELONA

# AZULEJOS

## CARTON PIEDRA

Patente de invención en España y el Extranjero

Nuevo elemento para la decoración de frisos, arcos, frisos, artesanos, muebles & c.

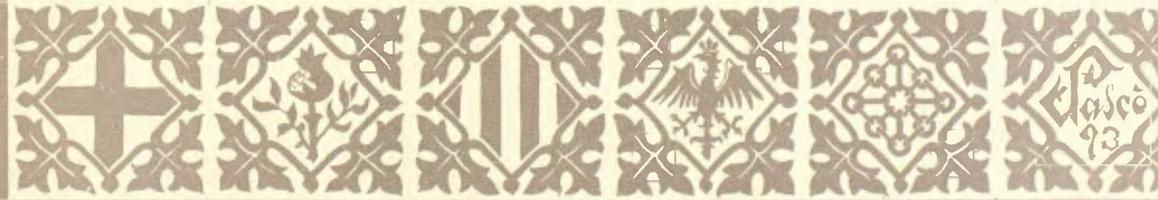
1899

Pídase en el Catálogo

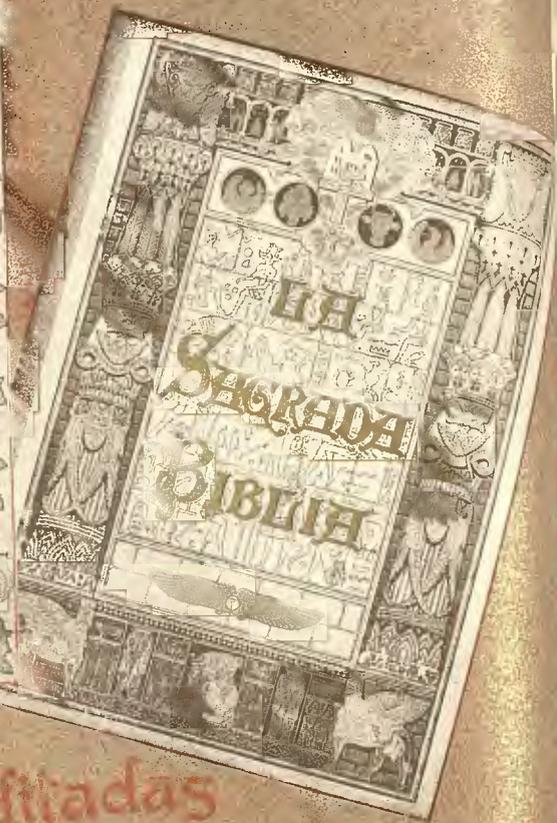
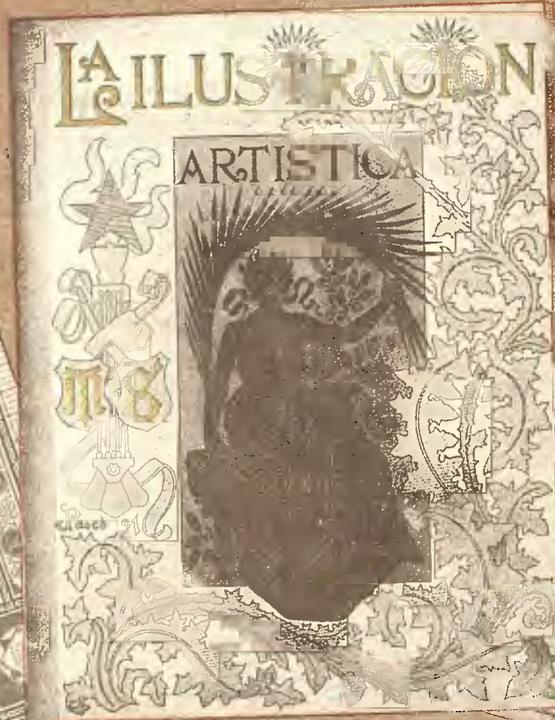
No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles  
59 Bailén. Barcelona



H. I. S. P. A. N. I. A



Encuadernaciones y Tapas  
para las obras editadas  
por los Sres. Montaner  
y Simons



Talleres de Encuadernación  
de Hermenegildo Miralles. Barcelona.